

dió a la mendiga: su corazón se dilató de gozo. Cuando Francisco predicaba a las pobres gentes de la calle, Gil añadía siempre:—"Haced lo que dice este padre mío, porque os aseguro que dice muy bien"—

Viniendo a Santiago de Compostela en peregrinación, no pudo Gil, en todo el esquilmo país gallego, obtener un mendrugo de pan; vió unas habas de desperdicio en una era, y se mantuvo con ellas (21). Otra vez, caminando hacia Palestina y detenido en Brindis por falta de nave en que embarcarse, cargó con un odre lleno de agua, y la pregonó a cambio de alimento, "por vivir de su labor", dicen las *Floreccillas*. Con el mismo fin tejía en Ancona espuestas de junco; en Roma cortaba leña trayéndola a hombros; ayudaba a los labradores a coger la aceituna, a vendimiar los racimos, a apalea los nogales, a segar la mies: alta satisfacción del trabajo (22) realizada por el extático con quien familiarmente conversaban los ángeles; a quien Francisco romancescamente llamaba *Caballero de la Tabla redonda*, aludiendo a su fortaleza en la virtud; cuyo espíritu estaba tan ajeno de lo terrestre, y tan embelesado en lo divino, que los niños de Perusa por juego corrían tras él, exclamando:—"Hermano Gil, paraíso, paraíso",—sabiendo que a este nombre se quedaba arrobado y fuera de sí. Quiso Gregorio IX ver al sencillo fraile en quien obraba el amor tales maravillas, y al verle rogó que tañese una cítara que llevaba oculta en la manga, y con la cual se acompañaba para cantar improvisaciones proféticas y misteriosas: a pocos acordes del instrumento, Gil se detuvo arrebatado, y los circunstantes permanecieron mudos, como si el respeto les hubiese vuelto estatuas.—

"¿Qué debo hacer mientras me dure la vida?"—preguntó el Pontífice a Gil cuando cesó el rapto.—"Conservar, Padre Santo, muy claros los ojos de tu espíritu: el derecho, para contemplar las cosas del cielo

y la perfección de Dios; el izquierdo, para juzgar de los negocios del mundo."—"Ora por nosotros, bienaventurado Gil",—le dijeron los Cardenales.—"Orad por mí, vosotros que me aventajáis en fe y esperanza—respondió el extático,—pues vosotros, entre los peligros y grandezas del mundo, no desconfiáis de salvaros, y yo, en mi soledad y penitencia, tiemblo el punto y hora de comparecer ante el Juez supremo."

Experimentaba San Luis de Francia vivo anhelo de conocer a Gil, cuyo nombre corría de boca en boca; y tomando el bordón y la esclavina del romero, solo y a pie, fué a llamar a la portería del convento de Perusa, preguntando por fray Gil, sin quebrantar el incógnito. Bajó Gil, y apenas se vieron el rey y el fraile, cayeron de rodillas, y sin hablar palabra confundieron sus almas en prolongado y estrecho abrazo: hecho lo cual, se separaron con igual silencio. Al saber los demás frailes el nombre del ilustre romero, reprendían a Gil por la poca cortesía de no detenerle y agasajarle.—"He conocido su corazón, y él el mío,"—respondió Gil, sin dar más explicaciones.

Un dominico muy docto fué al convento para comunicar a Gil sus dudas acerca de la virginidad de la Madre de Dios. El extático le salió al encuentro, y antes de que hubiese formulado la consulta, hirió la tierra con su bastón, exclamando:—"Hermano predicador, María antes del parto. Hermano predicador, María en el parto. Hermano predicador, María después del parto."—Y a los tres golpes del báculo brotaron del suelo tres albos lirios.—Departiendo con el gran filósofo San Buenaventura, le interpeló Gil de este modo:—"A vosotros los sabios os ha colmado Dios de dones: ¿qué haremos nosotros, míseros ignorantes, para salvarnos?"—Respondió el doctor seráfico:—"Nuestro Señor ha concedido a los hombres el amor, y con él les basta."—"Padre, insistió

Gil, ¿puede el ignorante amar a Dios lo mismo que el sabio?" — "Una vejezuela es capaz de amar a Dios tanto o más que un doctor en teología." — Salió Gil a estas palabras gritando como demente:—"Vejezuela simple, pobre e idiota, ama a Jesucristo, y serás más grande que el hermano Buenaventura" (23).—Extinguióse Gil dulcemente a los cincuenta y dos años, día por día, de su entrada en la Orden (24). Si bien los cronistas le llaman varón sencillo e indocto, nos quedan de él disertaciones y sentencias suaves, discretas y fervorosas: aliento varonil respira por estas sentencias, que recomiendan el trabajo, la perseverancia, la energía, la esperanza y la libertad del espíritu. "Se descorazona el hombre — dice fray Gil — ante la perspectiva de un trabajo lento, penoso, cuyos frutos no ve inmediatamente. Mas el labrador comienza por remover y destripar los terrones, y no ve fruto. Después corta y quema raíces y matorrales, y no ve fruto. Después rasga la tierra con el arado, y no ve fruto: vuelve a labrar y abrir surcos; siembra el grano, arranca las malas hierbas, siega la mies, separa el grano de la paja, lo trilla, lo aventá, lo cierce, lo mete en la troj... Y en la alegría de ver ya el fruto, se propone sufrir aún mayores fatigas por otra cosecha."

Acerca de Sabatino y Morico, que en el apostolado franciscano ocupan los lugares cuarto y quinto, se muestran avaras de noticias las crónicas (25); el mismo silencio guardan sobre Juan de San Constante, Bárbaro y Bernardo de Vigilancia (26). Queda de su virtud vago perfume, como quedan en el pomo, disipada la esencia, efluvios que sólo percibe el sentido delicado. De Felipe Longo, el séptimo, a quien Francisco confió la visitación de las Clarisas, permanece tal crédito de pureza, que sus contemporáneos aseguraban que Dios había limpiado sus labios con el ascua ardiente de Isaías. Silvestre era un co-

dicioso presbítero de Asís, a quien Francisco había comprado sillares y materiales para la reedificación de San Damián. Movido del ansia de lucro, se acercó a Francisco después de la conversión del rico Bernardo de Quintaval, diciéndole:—"Hola, Francisco, no me has pagado lo suficiente por las piedras que te vendí."—Francisco se volvió a Bernardo, y tomando un puñado de oro que éste iba a distribuir a los pobres, llenó con él la mano a Silvestre.—"¿Estás satisfecho, señor sacerdote?" — preguntó. — "Del todo", — repuso Silvestre. Pero aquella noche no pudo dormir, cavilando en que el mozo Francisco desdeñaba los bienes temporales, mientras él, viejo ya, era capaz de emplear indecorosos ardides por unas cuantas monedas. Rendido al sueño, le pareció ver una cruz enorme, cuya cima se remontaba a los cielos, cuyos brazos cubrían al mundo, mientras la base descansaba en la boca de Francisco, y, despertando, se desprendió de cuanto poseía, y corrió a solicitar la túnica de penitencia. Angel Tancredo fué llamado en Rieti por Francisco con la misma sencillez con que Jesús ordenaba a los pescadores que dejasen las redes y le siguiesen. — "Tancredo—dijo Francisco, dando su propio nombre al joven hidalgo, a quien veía por vez primera,—bastante tiempo has ceñido el tahalí, la espada y el traje militar; ahora es necesario que tomes por tahalí tosca cuerda, por espada una cruz, y que adorne tus pies descalzos, en vez de refulgente acicate, el polvo y el fango. Sigueme, pues, y te haré soldado de Cristo." — Sin oponer objeción alguna, sin preguntar nada, Tancredo obedeció; y llegó a tal intimidad con Francisco, que suele llamársele el tierno amigo, el discípulo predilecto y amado. Conservando bajo el sayal resabios caballerescos, retaba Tancredo al demonio a singular batalla cuando se sentía apremiado de tentaciones (27). El Judas del apostolado de Umbría fué

conocido por *Capella*, a causa de haber alterado el hábito usando birrete o capelo, no sin escándalo de sus hermanos. Instituído limosnero de la comunidad, comenzó a regatear una túnica o un pedazo de pan a los pobres, a quienes Francisco hubiese dado su propia sangre: de aquí pasó a otros actos de avaricia y dureza; y como si el mal del alma se hubiese comunicado a la carne, cubrióse de horrible lepra, y frenético se ahorcó. Se cree que así como Matías fué señalado para cubrir la plaza de Iscariote, Francisco llenó el vacío que dejaba en el apostolado franciscano Juan Capella con otro fraile, Guillermo Anglicó. Quedó cabal el colegio de discípulos, que presta al Santo de Asís un rasgo más de semejanza con su modelo Jesucristo.

Aparte de estos doce, descuellan en las crónicas algunos compañeros de Francisco, especialmente familiares, partícipes de pensamientos, depositarios de su confianza, consoladores de sus tribulaciones. Francisco, tan humano, tan penetrado de ternura que deseaba exhalar, cultivó el sentimiento en sus formas límpidas, y no fué la amistad lo que menos hermoseó los días de su vivir. En todo viaje llevaba consigo al *compañero amable* por excelencia, Maseo de Marignano, que por su afabilidad, cortesía, concertado hablar y espiritual facundia se conciliaba las voluntades. Maseo había recibido de la naturaleza don de gentes, y Francisco le colocó en la portería, a fin de que cuantos llamasen al convento hallasen cariñosa acogida y halagüeñas palabras. Empleóle también en la cocina por librarle de la soberbia, hasta que los demás frailes, dolidos de que hombre del mérito de Maseo desempeñase tan ínfimas tareas, obtuvieron de Francisco que fuese relevado de guisar. Un día que iban juntos Francisco y Maseo pidiendo limosna, Maseo, gallardo y hermoso de cuerpo, recogió buenos pedazos de pan, y Francisco, afeado por la pe-

nitencia, apenas algún mendruguillo. — “Oh, Maseo!—dijo Francisco preparándose a gustar el pan,—no somos nosotros dignos de disfrutar este tesoro.”—Padre, contestó Maseo, ¿cómo llamas tesoro a tal pobreza? Aquí no hay servilleta, ni cuchillo, ni trinchante, ni plato, ni casa, ni mesa, ni criado, ni criada.”—“Eso justamente, exclamó Francisco, es lo que yo reputo tesoro.”—Rezó después, e inflamado en divino amor, con el aliento de su boca suspendió a Maseo en el aire, despidiéndole a gran distancia, y Maseo experimentó el mismo goce que si blando y aromado céfiro le acariciase. Volviendo Francisco en una ocasión de la selva adonde solía retirarse para meditar, le salió al encuentro Maseo, gritando:—“¿Por qué a ti, por qué a ti, por qué a ti?”—“¿Qué quieres decir?” — preguntó Francisco.—“Digo que ¿por qué será que corre todo el mundo a ti, y parece que todos desean verte, oírte y obedecerte? Tú no eres gallardo, tú no posees gran ciencia, tú no eres noble: ¿por qué, pues, viene el mundo entero a ti?”—Francisco quedó un rato suspenso, fija en el cielo la vista, y al fin prorumpió:—“¿Quieres saber por qué a mí, por qué a mí? Los ojos santísimos de Dios, al mirar a los hombres, no divisaron ninguno más vil, más inútil, más pecador que yo: y por esto fuí elegido para confundir nobleza, grandeza, fortaleza, hermosura y sabiduría del mundo, y para que el que se gloria, se gloríe en el Señor.”—Cuando Francisco obtiene la indulgencia de la Porciúncula: cuando recibe en el monte Albornia el último sello de Cristo, a su lado encontramos a Maseo, que toca sus llagas y participa de sus ardores y ve a los apóstoles Pedro y Pablo regocijándose con la restauración de la evangélica pobreza y vida. Rufino, pariente de Santa Clara, uno de los autores de la leyenda de los *Tres Socios*, fué asimismo compañero preferido de Francisco (28). Tartamudo y nada docto, Rufino guarda-

ba a todas horas profundo silencio. Dispuso Francisco que bajase a predicar a la ciudad. Rufino alegó su falta de elocuencia:—"Irás, insistió Francisco, y porque aprendas a obedecer, te ordeno ir sin túnica, en paños menores."—Rufino se despojó inmediatamente y se dirigió al pueblo: las gentes, moviendo la cabeza, exclamaban:—"He aquí uno de esos a quienes la mortificación ha vuelto locos." Entre tanto Francisco, pesaroso, se decía a sí propio:—"Hijo de Pedro Bernardone, vil hombrecillo, ¿qué es lo que has mandado al noble fray Rufino? Ve y prueba en ti mismo lo que mandas a los demás."—Y desnudándose a su vez, corre a la ciudad, donde encuentra a Rufino que cumplía su encargo hablando sencilla y llanamente, cual pudiera un niño:—"Carísimos, huid del mundo, dejad el pecado, restituid lo ajeno si queréis poseer el reino de los cielos."—Francisco se lanza al púlpito, comienza a discurrir del desprecio del mundo, de los oprobios, dolores y suplicios de Cristo, de la voluntaria pobreza; Asís se conmueve, corren lágrimas, y la multitud se siente arrastrada a postrarse ante los dos hombres desnudos e insensatos por Jesucristo. Afirmaba Francisco que Rufino era una de las tres almas más santas que contenía el mundo, y que su presencia oprímía al espíritu del mal, como en el lagar oprime la viga al racimo. Muy allegada a Francisco y como abrigada al calor de su seno, vivió también la *pecorella di Dio* (la ovejuela de Dios), fray León, tan vigoroso, membrudo y atlético de cuerpo como manso y dulce de corazón; pensamiento sereno y sin nubes, que hallaba en el bien su atmósfera y horizonte propio. Confesor de Francisco, nadie mejor que León pudiera ser uno de aquellos *Tres Socios* que con tan amable candor y convicción tan sincera narraron la leyenda franciscana. El, viviendo en íntima familiaridad con Francisco, escuchó de sus labios la hermosísima y poética parábo-

la de la *perfecta alegría*, que ella sola vale por muchos libros, y que no puede dejar de trasladar quien de Francisco escribiere. Caminaban Francisco y León de Perusa a Santa María de los Angeles; era en invierno: el helado cierzo fustigaba sus rostros; ataridos, podían moverse apenas. Precedía León a Francisco, y éste, llamándole de improviso, exclamó:—"Hermano León, aun cuando los frailes Menores diesen en todas partes gran ejemplo de santidad y de edificación, escribe y recuerda que en eso no reside perfecta alegría."—Dos pasos más allá volvió Francisco a gritar:—"¡Oh, hermano León! aunque el fraile Menor hiciese andar a los cojos, enderezarse a los corcovados, expulsase a los demonios, diese luz a los ciegos, oído a los sordos, verbo a los mudos, y, más aún, resucitase a difuntos de cuatro días, escribe que en eso no reside alegría perfecta."—Anduvo un poco más, y añadió con voz fuerte:—"¡Oh, hermano León! si el fraile Menor poseyese toda lengua, y toda ciencia, y toda escritura; si pudiese profetizar y revelar no sólo las cosas venideras, sino los secretos de conciencias y almas, escribe que no reside ahí alegría perfecta."—Más adelante agregó Francisco enérgicamente:—"¡Oh, hermano León, ovejuela de Dios! si el hermano Menor hablase la lengua de los ángeles, y conociese el curso de los astros, y la virtud de las plantas, y los tesoros de la tierra, y las propiedades de aves, peces, de todo animal, de los hombres, de las piedras, de las raíces, de las aguas, escribe que ahí no reside alegría perfecta."—Andando otro poco, gritó:—"¡Oh, hermano León! aun cuando el fraile Menor supiese predicar de suerte que convirtiese a todos los infieles a la fe de Cristo, escribe que no reside ahí alegría perfecta."—Dos millas habían adelantado ya, mientras duraba el discurso de Francisco, y León, atónito, interrogó al Santo:—"Padre, de parte de Dios dime dónde resi-

de alegría perfecta.”—Y respondió Francisco:—“Si cuando lleguemos a Santa María de los Angeles, caídos por la lluvia, yertos de frío, manchados de barro, moribundos de hambre, y llamemos a la puerta del convento, viene el portero colérico y nos pregunta quiénes somos, y le respondemos: “Dos hermanos vuestros”, y él replica: “Mentís; sois dos hipócritas que andáis engañando al mundo y apoderándoos de las limosnas de los pobres: idos”; y si cuando no nos abra, y nos deje fuera, a la nieve y al aguacero, con frío y hambre, hasta la noche, sufrimos tanta injusticia, dureza y desdén con paciencia, sin murmurar ni turbarnos, pensando con caridad y humildad que este portero nos conoce de veras, y que Dios habla por su boca, ¡oh, hermano León, ovejuela de Dios! escribe que en eso reside perfecta alegría. Y persistimos en llamar, y él, saliendo airado, nos arroja como a tunantes embusteros con injurias y bofetadas, diciendo: “Largo, miserables ladrones, idos al hospital, que acá no comeréis ni posaréis”; y lo sobrellevamos con calma, júbilo y amor, hermano León, escribe que en eso reside perfecta alegría. Y si obligados del hambre, del frío y de la noche llamamos de nuevo, rogando y pidiendo por amor de Dios y con muchas lágrimas que el portero nos abra y nos deje sólo abrigarnos, y él, más irritado, vocífera: “Yo os daré, porfiados pillastres, el trato que merecéis”, y sale con nudoso garrote y nos ase de la capilla, nos echa a tierra, nos arrastra por la nieve, nos muele y acardenala a garrotazos, y nosotros sufrimos todo con paciencia y contento, pensando en los dolores de Cristo bendito que por amor suyo debemos compartir, entonces, ¡ovejuela de Dios! escribe que ahí reside perfecta alegría, porque en nada podemos gloriarnos sino en la cruz de Jesucristo.”

Otro día que asimismo viajaban juntos Francisco y León, faltándoles libro de horas canónicas, Fran-

cisco propuso que rezasen dialogando:—“Tú, dijo a León, contestarás lo que yo te dicte. Empezaré así:—“Hermano Francisco, tantos pecados has cometido que eres digno del infierno” — y responderás tú:—“Cierto que mereces el infierno profundísimo.”—“Bien, padre; comienza en nombre de Dios,”—dijo con sencillez la ovejuela. Al contestar, en vez de lo que Francisco ordenaba, pronunció:—“Dios hará por tí tanto bien, que irás al paraíso.”—Díjole Francisco:—“No así, hermano León: sino que cuando yo diga: Hermano Francisco, tú has obrado contra Dios tales iniquidades, que eres digno de ser puesto entre los réprobos; tú añadirás:—“Ciertamente que mereces ser puesto entre los réprobos.”—“Bueno, padre”,—asintió León: mas al abrir la boca, fué para exclamar:—“Oh hermano Francisco, Dios te bendicirá entre los benditos.”—Respondió Francisco a León, conminándole por obediencia a que contestase conforme: pero cuantas veces se humillaba Francisco, otras tantas respondía León glorificándole.—“¿Por qué infringes la obediencia de esta suerte?”—murmuró severamente Francisco.—“Dios sabe—declaró León,—que yo quiero obedecer; mas Dios me hace hablar a su gusto, y no puedo responder de otra manera.”

En Junipero, fraile muy querido también de Francisco, llegó a su colmo la sublime insensatez de la Orden nueva, y se cumplió la enseñanza de Jesús, viéndose al hombre vuelto parvulillo para conquistar el reino de los cielos.—“Nosotros somos sandios por Cristo”, decía el Apóstol de las gentes: frase que pudiera ser lema de la vida de Junipero. El relato de sus simplezas, leído en las *Floreccillas*, mueve unas veces a sonreír, otras provoca a ternura: de la mezcla de ambos sentimientos resulta el atractivo de la ingenua narración. Santa Clara, comprendiendo con intuición femenina la hermosura del alma inocente de Junipero, solía llamarle *jugueteillo de Cristo*; y al ver-

le cerca de su lecho de muerte, aún le preguntó festiva:—"¿si sabía algo nuevo de Dios?" (29).—Sonreiremos, y tal vez reirá orgullosa nuestra razón, cuando veamos a Junípero, por satisfacer el capricho de un enfermo, cortar la pezuña a un marrano vivo, y arrojarse después al cuello del irritado porquero, invitándole con caricias y súplicas a tomar parte en su obra de caridad, hasta aplacarle; sonreiremos de su entrada en Viterbio medio desnudo; del guiso que hizo en un solo día para medio mes echando en calderas pollos con plumas, huevos con cáscara, frutas con monda—creyendo librar así al convento de la cotidiana labor de la cocina, y dejar todo el tiempo para la contemplación;—del juego del columpio con los chicuelos de Roma, juego en que de propósito se entretuvo para chasquear a los Cardenales que acudían a ver al fraile reputado santo. Mas no sonreiremos ya cuando le veamos hacer que los pobres le despojen de la túnica, a causa de haberle prohibido el guardián darla voluntariamente; ni cuando arranca el fleco de oro del altar del convento para entregarlo a escuálida mujer que se caía de hambre; ni cuando, prisionero de las mesnadas de rapaz y sanguinario señor feudal, tomado por traidor y espía, acusado de asesino, puesto en el tormento del potro, ceñidas las sienas con una cuerda, que lentamente iban los verdugos apretando hasta que estallasen las venas y crujiesen los huesos, no pronuncia una palabra para defenderse, y al ser salvado por fin de la horca, merced a la casual aparición del guardián de su convento, que reconoce en el supuesto criminal a Junípero, sus primeras frases son humorístico desahogo, que revela la perfecta y suprema libertad de alma:—"Padre guardián — le dice,—¿tú que conoces mis maldades extrañas verme así? Toma este paño y límpiate las lágrimas, que a fe que estás grueso y no te cae bien el llanto."—Ni podremos tampoco sonreir cuando el

pobre simplecillo piensa en hacer del cráneo de su mejor y malogrado amigo escudilla para la comida y vasija para el agua. Diógenes apagaba su sed en el hueco de la mano por soberbia indiferencia hacia las pompas del mundo, cuya vanidad conocía como filósofo: Junípero pretendía beber en la calavera del compañero bienaventurado, para recordar por lo deleznable de la carne lo inmortal del espíritu.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
10do. 1826 MONTERREY, MEXICO

## NOTAS

(1) *Sortes miserunt Apostoli quando Judas, tradito Domino, periit: et cecidit sors super Mathiam.*

(2) *Si vis perfectus esse, vade, vende quæ habes, et da pauperibus.* (Mat., XIX, 21.)

(3) *Nihil tuleritis in via, neque virgam, neque peram, neque panem, neque pecuniam, neque duas tunicas habeatis.* (Luc., IX, 3.)

(4) *Qui vult post me venire, abneget semetipsum et tollat crucem suam, et sequatur me.* (Mat., XVI, 24.)

(5) Era el día 16 de Abril de 1209.

(6) *Jacta super Dominum curam tuam et ipse te enutriet.*

(7) La duración de la primera misión franciscana fué abreviada por el escrúpulo que experimentaban los misioneros de predicar sin licencia pontificia. La mala acogida que al pronto lograron en pueblos y aldeas, lejos de arredrarles, les causó, según el cronista Wadingo, singular júbilo.

(8) Para obtenerlo, dice San Buenaventura, oró al que congregaba la dispersa plebe de Israel.

(9) Valdo pidió al Papa, no obstante, licencia de predicar: mas no sometió a la aprobación de la Santa Sede regla alguna de la vida pobre que sus prosélitos hacían.

(10) La silla de estiércol, *sedes stercoraria*, era una piedra colocada a la puerta de la Basílica de San Juan de Letrán: y en ella venía el nuevo Pontífice a sentarse, descendiendo del trono en que había recibido los homenajes de cardenales y pueblo, en conmemoración de la frase de la Escritura que dice—“que el Señor levanta al indigente del polvo, y del estiércol al pobre, para colocarle al lado de los príncipes de su pueblo”.—Acerca de la famosa silla esparcieron los reformistas fábulas e imposturas, selladas con la grosería que caracteriza los libelos y sátiras de la primera época de la Reforma, en términos que veda el decoro hasta indicarlas.

(11) Aparte de la elegancia y galanura de escritos, cartas y toda la prosa de Inocencio III, quedan de él muy bellos himnos latinos, entre otros el *Veni, Sancte Spiritus*.

(12) *Vere hic est ille vir religiosus et sanctus, per quem sublevabitur et sustentabitur Ecclesia Dei!* (A tribus Sociis.)

(13) A los legos que iban con Francisco les confirió Inocencio, según San Buenaventura, las órdenes: y se cree que, excepto Silvestre, fuesen legos todos, incluso Pedro Catáneo, a pesar de la prebenda que poseía. San Francisco consintió únicamente en recibir las órdenes de Epístola y Evangelio, porque en sueños le había mostrado Dios el esquema del Sacerdocio en figura de nítida ampolla de cristal, que a la luz del sol despedía vivos destellos: y no creyéndose dueño del grado de pureza que el Sacerdocio exige, lo rehusó.

(14) Rara vez ha representado el arte este episodio de la vida de San Francisco. En la Iglesia de San Francisco de Betanzos, el retablo mayor está coronado por un grupo con el carro de fuego.

(15) Esta forma de feudo fué adoptada por varios conventos, entre otros el de San Francisco en Compos-

tela, que pagaba la misma renta, por concesión de territorio, al abad de San Payo.

(16) Bernardo de Besa.

(17) ..... *Il venerabile Bernardo  
si scalsó prima, e dietro a tanta pace  
corse, e correndo, gli parve esser tardo.*

(Par., XI.)

(18) Nicolás Pépoli dijo a Bernardo: "Si quieres lugar en que poder servir a Dios, yo te lo daré de buen grado por la salud de mi alma."—Entonces Bernardo escribió a San Francisco:—"Padre, está hallado alojamiento en la ciudad de Bolonia: envía hermanos que moren en él."

(19) Su cuerpo fué enterrado en la Basílica de San Francisco de Asís.

(20) *Fioretti, Vita del B. frate Egidio, cap. 1.*

(21) Se añade que en algunas ocasiones, apretado del hambre, tuvo que pacer las hierbas del campo.

(22) Gil profesaba tal género de horror a la holganza, que su exhortación favorita era: *Fate, fate e non parlate* (obrad, obrad y no habléis).

(23) *Vetula, paupercula, simplex et idiota, diligas Dominum Deum tuum, et poteris esse major frater Bonaventura.*

(24) Gil es el único de los doce apóstoles franciscanos cuyo culto y rezo ha sido aprobado por la Iglesia.

(25) Fr. Pánfilo de Magliano opina que el Morico, discípulo de Francisco y llamado *el pequeño*, es distinto del Morico, religioso crucífero, a quien Francisco curó grave enfermedad con miga de pan humedecida en el

aceite de la lámpara. De todas suertes, hay confusión y carencia de datos acerca de Morico.

(26) Créese que Bernardo recibió el sobrenombre de *Vigilante* por la extraordinaria brevedad de su sueño, que no llegaba a una hora.

(27) Angel Tancredo fué uno de los autores de la leyenda *A Tribus Sociis*.

(28) Rufino tocó con sus manos la llaga del costado de Francisco, estando éste vivo aún.

(29) *Nova hilaritate perfusa, querit si aliquid novi de Domino haberet ad manum?*